

MARIO BELLATIN

El Gran Vidrio



El Gran Vidrio es una fiesta que se realiza anualmente en las ruinas de los edificios destruidos en la ciudad de México, donde viven cientos de familias. El hecho de habitar entre los resquicios dejados por las estructuras quebradas representa un símbolo mayor de invisibilidad social. Es quizá por eso que cuando deciden pertenecer al resto, cuando carnavalizan de alguna manera su situación, deciden llamar El Gran Vidrio a su celebración. La clave duchampiana de la experiencia le da la opción a Mario Bellatin de cobijarse en una retórica particular, la del ocultamiento a partir de lo imposible —hecho que precisamente permite una exposición extrema—, para recrear tres autobiografías que muestran, a través de su hermetismo, lo que una autobiografía tradicional es incapaz de transmitir.

«Todos los textos de Mario Bellatin son de una rareza minuciosa, erudita y elaborada... Como si buscase los límites de la literatura y de sus interpretaciones, no de una forma teórica y segura sino a través de la fantasía imaginativa de su trabajo» (Mathieu Lindon, Libération)

Mi piel, luminosa

*... en los alrededores de la tumba del
santo sufí*

1. Durante el tiempo que viví junto a mi madre nunca se me ocurrió que acomodar mis genitales en su presencia pudiera tener una repercusión mayor.
2. Estaba equivocado.
3. Después supe que incluso les pedía a las otras mujeres objetos de valor para que los miraran plenamente.
4. Ajustados, acogotados, a punto de estallar.
5. Mi madre aprovechando mi dolor.
6. Recolectando objetos sin parar.
7. Muchas veces cosas de comer o pequeñas prendas de adorno personal: aretes de plástico o alguna cuerda delgada que adosaba a su muñeca.
8. Cierta vez consiguió un lápiz con el que pintó sus labios.
9. Fue tanto el entusiasmo que pareció causarle delinear su boca que olvidó por unos momentos mi presencia.
10. Logré entonces desanudar la extraña prenda que ideó para nuestras visitas a los baños públicos.
11. Quedé totalmente al descubierto.
12. Una luz difusa iluminó mi carne.
13. Decidí arrojarme al agua.
14. A la parte más honda.
15. Aparté a unas mujeres obesas que con sus cuerpos me impedían el paso.
16. Estuve incluso a punto de cruzar a la sección reservada a los hombres.
17. De haberlo logrado, estoy seguro de que nunca más habría vuelto a ser recibido de la misma manera por mi madre.

18. Me encontraba a gatas.
19. El agua se confundía con el barro.
20. Si me hubiera puesto de pie me habría llegado apenas a los tobillos.
21. Quedaría expuesto entonces nuevamente a las miradas que hacen posible que me encuentre ahora en estos baños.
22. Las mujeres hurgarían entre sus pertenencias y lograrían, por medio del trueque tan particular que mi cuerpo propicia, contemplarme el tiempo que considerasen necesario.
23. De improviso se me ocurrió voltear.
24. Mi madre continuaba al lado de las piletas de aguas termales.
25. Seguía abstraída en el ritual de delinear su boca.
26. Las demás la observaban con detenimiento.
27. Salvo las mujeres obesas, que parecían desesperadas por salir de la zona que les tenían reservada.
28. Me atrevo a decir que esa escena de mi madre pintando sus labios era un espectáculo ajeno a las costumbres de la región.
29. Me pareció tan alejado de nuestras usanzas que no pude controlarme y le grité.
30. Mi voz se fue acrecentando.
31. El rebote del agua contra los canales de cemento distorsionó de manera rotunda las palabras.
32. No podía permitir que la boca de mi madre fuera más importante que el espectáculo que mis testículos son capaces de ofrecer.
33. Pero en ese momento parecía serlo, incluso a las mujeres obesas se las veía dispuestas a romper las reglas y se preparaban para ingresar en la zona de aguas termales.
34. Aquello nunca antes había sucedido.
35. A partir de cierta edad y de las diferencias de los cuerpos, cada cual tiene su sección asignada.

36. Sólo a los niños y los adolescentes se nos permite ir de una a otra sin el permiso de nadie.
37. En los primeros tiempos acostumbraba permanecer muchas horas dentro del agua.
38. En aquella época no había experimentado aún lo perjudicial que suelen ser los excesos.
39. Era inconsciente todavía de lo vetustas que se tornan las superficies cuando son recorridas por sustancias líquidas una y otra vez.
40. Descubrir las marcas que el tiempo produce sobre las texturas es quizá una de las enseñanzas más importantes de estos baños.
41. Lo único que parece escapar a este deterioro son mis testículos, siempre dispuestos para la exhibición.
42. Mi madre solía esperarme diariamente en la puerta de salida.
43. Se veía contenta cada vez que nos volvíamos a encontrar.
44. Llevaba casi siempre consigo los objetos recolectados durante la jornada.
45. Le agradaban la mayoría de los regalos que le ofrecían a cambio, pero parecía haber comenzado a sentir una especial predilección por los lápices de labios.
46. En más de una ocasión me despertó en plena madrugada para mostrarme su boca coloreada de morado o fucsia fosforescente.
47. Era difícil estar seguro de si aquella figura exaltada formaba parte de un sueño o de una acción que existía en la realidad.
48. Mi madre no suele dejar de mostrarme los labios hasta que despierto del todo.
49. En madrugadas como aquéllas es difícil que vuelva a conciliar un sueño profundo.
50. Permanezco entre despierto y dormido.
51. Pongo entonces en práctica un viejo juego —que me entretiene desde siempre— que consiste en sacar mis

- genitales, sin necesidad de las manos, de la extraña ropa interior que me confecciona mi madre.
52. Esta prenda, que debo llevar todo el tiempo sin que muchas veces se note su presencia, no es precisamente una invención suya.
 53. Para diseñarla ha seguido una serie de patrones de antigua data.
 54. Sé además que el oficio de madre que se dedica a mostrar los genitales de sus hijos no es tampoco de su invención.
 55. Se trata de una práctica milenaria para la cual no todas las mujeres con hijos están capacitadas.
 56. En realidad casi ninguna se encuentra en condiciones de llevar a cabo un ejercicio de esta naturaleza.
 57. De allí la ínfima cantidad de madres de este tipo que existe actualmente.
 58. En la región donde vivimos nunca se había sabido de la presencia de una mujer semejante.
 59. Tuvo que ser mi propia madre quien les informó que, cincuenta años atrás, la hermana de su abuela se convirtió, como producto de este oficio, en la mujer más poderosa de la zona.
 60. Se tenía cierto recuerdo de sus andanzas.
 61. Pero nadie, ni siquiera mi madre, conocía el destino final de esa mujer y, mucho menos, del hijo que la había llevado a reunir tanto prestigio.
 62. «Es verdad lo que se rumora», me dijo mi madre cierta madrugada en que me despertó para enseñarme unos labios cubiertos con una pátina aceitosa.
 63. «De las mujeres mostradoras de genitales se recuerdan muchos detalles, pero de sus hijos exhibidos se ignora todo».
 64. Luego supe que los mataban sin piedad.
 65. Caí profundamente dormido.
 66. Tuve muchos sueños, que continuaron en las noches siguientes.

67. Imaginé el aspecto de aquellas mujeres.
68. También el de sus propios hijos.
69. Se decía que los genitales terminaban siendo víctimas del mal que propiciaba la envidia de las demás.
70. Que de un momento a otro comenzaban a secarse, hasta que de la bolsa inflada que los contenía no quedaba sino una tripa flaca y colgante, que acababa por desprenderse del cuerpo antes de que la víctima advirtiese lo que estaba sucediendo.
71. Cuando los hijos pierden de ese modo los testículos las madres huyen de inmediato.
72. Cargan como pueden con los objetos de valor recolectados y suelen dirigirse hacia las zonas montañosas.
73. Antiguamente la ley marcaba la forma de muerte para esos hijos.
74. Una de las maneras más frecuentes era dejar sin cuidado la herida del escroto caído.
75. Me enteré de aquel método hace relativamente poco tiempo.
76. Me lo describió la directora de la Escuela Especial a la que asisto.
77. «¿Por qué me encuentro matriculado en una Escuela Especial?», es una pregunta que no dejo nunca de hacerme.
78. No creo que alguien tenga una respuesta segura, ni siquiera mis compañeros de reclusión.
79. Se conforman, como yo, con saber que duermo en uno de los pabellones centrales.
80. Mi madre quizá sepa por qué insistió tanto con la directora hasta lograr mi aceptación.
81. Parecía no bastar con mi repetida exhibición en los baños públicos.
82. Enriquecerse con los objetos que iba adquiriendo.
83. Pintarse los labios hasta la saciedad.
84. Todo daba la impresión de parecerle poco.

85. Cualquiera que la hubiese visto en ese entonces habría pensado que me odiaba con todas las fuerzas de su corazón.
86. Sería la única manera de interpretarse el gozo que se reflejó en su rostro cuando la directora dio por fin su veredicto.
87. Cuando a mi madre le nació el deseo de que formara parte de la Escuela Especial, visitábamos ya los baños con frecuencia.
88. En aquella época, una escuela semejante era tal vez la única salida que podía encontrar para ser considerada una madre hasta cierto punto normal dentro de nuestra comunidad.
89. Halló quizá de ese modo una manera de sobreponerse al abandono de mi padre.
90. La amante de mi padre había muerto poco antes, de una grave enfermedad.
91. Se desempeñaba como secretaria en la institución pública donde él trabajaba.
92. Nunca supe si se trataba de su secretaria o de una empleada más.
93. Lo que sí me consta es que mi madre padeció su enfermedad como si se hubiera estado desarrollando en su propio cuerpo.
94. Recuerdo que tiempo después de que nos quedáramos solos —mi padre nos dejó una mañana de invierno— mi madre comenzó a realizar una serie de experimentos con mi cuerpo.
95. Me imagino que para conseguir de una manera más efectiva mi futuro ingreso en la Escuela Especial.
96. En esa época habíamos regresado a habitar la trastienda del horno de mi abuelo.
97. Entre otras acciones, me colocaba unos lentes con los que la realidad se trastocaba hasta convertirse en una presencia irreconocible, capaz únicamente de producirme desagradables mareos.

98. En otras ocasiones no me dejaba respirar, tapándome la cara con la almohada hasta que me sentía morir.
99. Una vez trató de introducir mi cráneo dentro de una calavera de cartón que guardaba con fines desconocidos.
100. Cierta mañana en que me descubrió gastando en caramelos un dinero que había caído del bolsillo de un muchacho, me chamuscó las manos en un fuego que encendió con el solo propósito de llevar a cabo su lección.
101. Mi madre consiguió por fin que me aceptaran en la Escuela Especial después de la primera incursión que realizamos a los baños públicos.
102. Alguien le había contado que esa visita era la única forma de lograr que la directora diera su consentimiento.
103. En aquel entonces mi madre era una mujer realmente pobre.
104. Ni siquiera contaba con el bolso que luce ahora con entusiasmo.
105. Vivíamos sólo los dos en la trastienda del horno donde mi abuelo desde siempre había cocido los cerdos para la comunidad.
106. Nuestros cuerpos empezaron a expeler un olor que llegó a ser hediondo.
107. Mi madre había comenzado a ahorrar con el fin de pagar la entrada a los baños, pues en aquel tiempo hacer un gasto semejante era una empresa casi inalcanzable.
108. Como suponíamos que la visita estaba próxima, decidimos abandonar de pronto las formas de aseo que practicábamos normalmente.
109. Había que economizar a como diera lugar.
110. Nada de agua pagada a los cargadores ambulantes.
111. Nada de bolsas con restos de jabones, que ciertos comerciantes de la comunidad revendían en la calle principal después de ser usados, pero no gastados del todo, en los baños públicos.

112. Cuando por fin se reunió el valor de las entradas nos levantamos antes de que amaneciera.
113. Salimos con prisa de la trastienda.
114. Sabíamos que desde temprano se formaban las filas de gente en espera para entrar.
115. Muchos eran comerciantes que iban a visitar esos baños previo a iniciar sus giras de trabajo; también había mujeres de la más alta alcurnia, que parecían querer aprovechar las opacas luces del alba para que nadie apreciara con nitidez sus cuerpos antes de ser introducidos al agua.
116. En aquella primera ocasión nos quedamos dentro por muchas horas.
117. Los regalos comenzaron a aparecer ni bien mi madre me quitó los pantalones.
118. A partir de entonces tuvimos acceso gratuito.
119. Acudimos todo el tiempo que nos fue posible.
120. Por eso nunca más mi cuerpo volvió a oler de manera desagradable.
121. Mi piel cambió a las pocas semanas.
122. Sin que nadie lo advirtiera se cubrió con una especie de pátina, un tanto viscosa, y de una luminosidad que para algunos es incluso más asombrosa que mis propios genitales.
123. Nunca le pregunté a mi madre lo que pensaba de aquella particularidad.
124. Creo que hacerlo hubiera sido una invitación para que le descubriera nuevas posibilidades a mi cuerpo.
125. No quiero ni pensar en el poder que una piel luminosa hubiera sido capaz de otorgarle.
126. Habría ideado la manera de encerrarme en alguna ermita, que mandaría construir en los alrededores de la tumba del santo en la que aparentemente se ubican estos baños.
127. Llenaría de flores y velas el espacio, y conseguiría además que un músico ambulante ejecutara algún instru-

- mento capaz de ambientar la escena.
128. No permitiría que nadie me tocara.
 129. Que nadie pusiera un dedo encima de mi piel.
 130. Sería —siguiendo la naturaleza original del ejercicio de mostrarme sin descanso— una actividad de orden meramente visual.
 131. Se me ocurre que para una ocasión semejante no hubiera estado de más espolvorear mi carne con un puñado de la diamantina que utilizamos en la Escuela Especial para llevar a cabo algunas tareas.
 132. Cada semana, la maestra nos impone la obligación de hacer un trabajo manual, que debemos entregar adornado con una capa de polvo brillante.
 133. Así fue como comencé a diseñar lámparas caseras, ceniceros de papel, botellas de diversas formas, cuyas superficies se encontraban cubiertas siempre con la pasta que resulta de mezclar la diamantina con la espuma de jabón que, según la maestra, sirve para darle verdadero cuerpo a los objetos.
 134. Ésos son de los pocos recuerdos que guardo de mis años de escuela.
 135. Aunque es hasta cierto punto extraño considerar recuerdos hechos que acaban de suceder.
 136. Todavía, aunque ya es poca la gente que lo pueda creer, sigo matriculado aquí.
 137. Se puede decir que soy uno de los alumnos internos.
 138. Por eso no entiendo; si soy alguien impedido para salir a la calle, cómo tengo el tiempo, o, mejor dicho, el permiso necesario para pasar jornadas enteras en unos baños donde mi madre se dedica sin descanso a mostrarme a las demás mujeres de la región.
 139. El pabellón donde duermo puede ser considerado el más grande de la institución.
 140. Cuando todavía no es día declarado mi madre suele ingresar tratando de hacer el menor ruido posible.

141. Para no romper el particular silencio de esas horas, acostumbra desplazarse de una manera algo curiosa.
142. Arquea el cuerpo de tal manera que se transforma en un ser casi anormal.
143. En los baños he visto muchas veces cuerpos semejantes al que muestra mi madre cuando trata de no hacer ruido.
144. He advertido que estas anomalías pueden obedecer a distintas causas.
145. Sé, por ejemplo, que el contacto de ciertos organismos con el medio ambiente produce alteraciones físicas difíciles de entender.
146. Siempre estoy en relación con cuerpos exageradamente robustos y, por el contrario, con osamentas que apenas pueden sostenerse.
147. Hasta hace muy poco mi madre no contaba para mí con un cuerpo preciso.
148. La diferenciaba de las otras mujeres sólo por el color de sus labios.
149. Lo único importante era su boca embadurnada, no las contorsiones que realiza en búsqueda de silencio.
150. Ahora, después de haber pasado por tantas experiencias, ya no sé qué pensar del cuerpo de mi madre cuando lo veo ingresar en las noches con la llave que la directora de la Escuela Especial pareció confiarle desde que fui aceptado.
151. Se trata de una llave larga y algo oxidada.
152. Es asombrosa su capacidad para entrar en el pabellón sin que nadie la advierta.
153. A veces, aunque suene extraño, el esfuerzo que realiza al contorsionar su cuerpo descascara ligeramente el carmín de los labios.
154. Nunca me atreví a decírselo abiertamente, pero su boca me gusta más cuando se presenta de esa manera.
155. Con destellos algo desvaídos.

156. Casi siempre suele esperar con paciencia a que me haya desmerecido del todo para volverse a pintar.
157. En esas ocasiones da la impresión de que lo hace con vergüenza.
158. Para dar paso a la operación abandona la postura irregular que suele adoptar y se agacha al lado de la cama.
159. Pero no siempre su entrada al pabellón fue realizada en el silencio más absoluto.
160. En más de una ocasión, sobre todo cuando acababa de descubrir la potencialidad de los lápices, mi madre estampó sobre mí sus labios imbuida en una suerte de frenesí.
161. Hacía ruidos de una intensidad tal, que irremediablemente terminaba sintiendo una erección, que trataba de contener con la prenda de material rugoso que mi propia madre me ha diseñado.
162. Hasta el día de hoy agradezco la consideración que muestra hacia los demás cuando embadurna sus labios sin que nadie lo advierta.
163. Hubiera sido terrible que despertara al resto de los internos.
164. Parece que intuye que sólo actuando en silencio puede conseguir algo de mí.
165. «¿Cómo hará para entrar?», suelo preguntarme cada vez que la veo aparecer en la oscuridad.
166. Señalé que ingresa con la llave que le ha entregado la directora de la escuela.
167. Sin embargo se me hace totalmente absurda esa suposición.
168. Es imposible que la directora le haya dado una llave.
169. Para que la dejen entrar quizá le proporciona a los celadores alguno de los objetos recolectados en los baños.
170. O quizá lo logra mostrando sin pudor los labios embadurnados. Me imagino que los mueve de tal manera

- que no queda otra opción que abrirle paso.
171. Una vez que despierto por completo salimos, también en silencio, del pabellón.
 172. Estoy seguro de que la directora no tiene la menor idea de nuestras huidas.
 173. Me consta que aquella mujer tan estricta cree que dormo la noche completa en la cama que me tienen asignada.
 174. A los demás internos los vuelvo a ver sólo a la hora de acostarnos, cuando regreso después de las diarias visitas a los baños.
 175. También estoy con ellos los domingos, pues mi madre esos días, seguramente para dormir más de lo habitual, acostumbra dejarme en libertad.
 176. Nunca dejó de sorprenderme su pereza dominical.
 177. Me cuesta trabajo creer que prefiera quedarse, justo esos días, en la cama en lugar de recolectar objetos en mayor número que de costumbre.
 178. Los domingos son jornadas realmente fructíferas.
 179. Sobre todo al anochecer, cuando algunos personajes acostumbran realizar, casi a escondidas, un paseo fortuito.
 180. Suelen ser en su mayoría mujeres que no se han casado u hombres con diferentes grados de feminidad los que suelen escoger las últimas horas del domingo para recorrer las instalaciones.
 181. De vez en cuando asisten también —y generalmente se refugian al lado de alguna acequia— los enamorados que han sido abandonados repentinamente o los afectados por enfermedades transmisibles.
 182. Es tal la desesperación de muchos de esos asistentes, que llegan siempre cargados con regalos de las más diversas procedencias.
 183. Acuden con bolsas repletas de objetos, que me imagino les habrá tomado algunos días reunir.